

Reseñas

Roland Pfefferkorn, *Genre et rapports sociaux de sexe*, Lausanne, Editions Page Deux, 2012, 140 pp.

LUKASZ CZARNECKI*

¿Cómo romper el círculo vicioso de las desigualdades entre los hombres y las mujeres? ¿Cuáles son los obstáculos que impiden que la situación de ambos sexos sea más igualitaria? ¿Cuál es la génesis del conflicto? Estas preguntas invita a repensar y resolver el conflicto el destacado investigador, director del Instituto de Sociología de la Universidad de Estrasburgo, Roland Pfefferkorn. Las preguntas no son fáciles; y difícil resulta proponer respuestas para las políticas públicas a nivel tanto nacional como internacional. No cabe la menor duda de que ha habido una transformación de las políticas de igualdad e inclusión hacia las mujeres. Sin embargo, la situación dista mucho de estar resuelta. Al respecto, retomo una anécdota que el autor refiere a partir de una invitación que recibió para presentar una conferencia ante la asamblea parlamentaria del Consejo de Europa, misma que llevaba en el título la palabra “lucha” (*lutte*) por la igualdad de hombres y mujeres, y por la cual fue presionado para cambiar el título, argumentando lo “inapropiado” (¿referencia al marxismo?) de dicha palabra. El evento tuvo lugar en Estrasburgo, en el siglo XXI. Me pregunto entonces si existen dificultades por establecer una digna relación entre hombres y mujeres en países desarrollados, ¿cómo y de qué tamaño es el problema al que nos enfrentamos en países desarrollados? Este libro no responde la temática de las mujeres fuera de los países desarrollados, salvo la situación de las mujeres que migran hacia éstos desde los países subdesarrollados. El libro de Pfefferkorn se refiere particularmente a una tradición teórica en el pensamiento francés de la lucha por la igualdad, sobre todo respecto al gran aporte de Danièle Kergoat, en confrontación particularmente con el pensamiento anglosajón.

El libro abre con una introducción estimulante sobre “los conceptos para pensar las relaciones desiguales entre los hombres y las mujeres” en el contexto del pensamiento social contemporáneo. A partir de la segunda mitad del siglo XX comienza una lenta marcha hacia la igualdad entre hombres y mujeres en sociedades capi-

* Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

talistas “desarrolladas”. Sin embargo, se observan algunos frenos en el movimiento igualitario. Para entenderlos el autor presenta el contexto histórico del pensamiento sobre las mujeres, partiendo del concepto de Simone de Beauvoir, “el segundo sexo”. El autor explica la introducción del concepto *gender* (*genre*) al discurso público y subraya que este concepto anglosajón es comparable con los conceptos en Francia: “*sex social*”, “*sexage*”, “*rappports sociaux de sexe*” (p. 19).

El libro se compone de cuatro capítulos. El primero, titulado “Romper con el naturalismo” busca analizar los enfoques teóricos de 1969 a 1976, es decir, durante el primer movimiento feminista. Subraya que estas conceptualizaciones de la opresión tienen carácter multidimensional y se refieren al mismo tiempo a la explotación, la dominación, la discriminación y la estigmatización. Este enfoque multidimensional se analiza en los cuatro subcapítulos: “El patriarcado y el modo de la producción doméstica”, “El trabajo doméstico: el objeto nuevo del análisis”, “La extensión del trabajo femenino impacta el modo de la producción doméstica”, y “La dialéctica producción/reproducción”. En estos subcapítulos se busca explicar el término del título del libro reseñado: *rappports sociaux de sexe*, introducido por Danièle Kergoat en 2000; se trata de la división entre el sistema productivo y la estructura familiar, la división “*sexuelle*” del trabajo tanto en la esfera profesional como en la esfera doméstica. En este momento el autor expone la diferencia entre los términos “género”, “*gender* (*genre*)” y las “relaciones sociales del sexo”. El género será parte del análisis de los capítulos segundo y tercero, mientras *rappports sociaux de sexe* se conceptualiza en el último capítulo.

En el capítulo segundo, titulado “La invención del género y su polisemia”, el autor elabora, analiza y critica este concepto anglosajón de género. Se compone de cuatro subcapítulos: “Género designa el sexo social”, “Género se refiere a un sistema patriarcal o una organización de género”, “Género perturba las categorías binarias y socava las identidades”, y “Género significa las relaciones del poder”. En fin, el término *gender*, subraya el autor, es ambivalente y contradictorio; y por su ambigüedad e imprecisión puede ser impuesto muy fácilmente en el discurso (p. 48). La propagación del discurso de *gender* no termina con las desigualdades entre hombres y mujeres; éstas siguen estando presentes en su discurso.

En el capítulo siguiente, titulado “Género y sus límites” profundiza la crítica. Este capítulo a su vez se compone de cuatro subcapítulos: “Una polarización frecuente sobre el discurso”, “La distinción entre el sexo y el género en cuestión”, “Cuando género se liga con el conflicto, olvida u oculta la clase”, y “¿Género, el término unificador?” Así, el autor formula la principal crítica del pensamiento anglosajón en el término *gender*, el cual no busca el análisis de las estructuras de clases sociales, no busca profundizar en el estudio de las estructuras de la riqueza y la pobreza que construyen un eje central de las sociedades modernas.

Por último, el capítulo cuatro y más importante se titula “División del trabajo según el sexo y relaciones sociales del sexo”. Se trata de un concepto, *rappports sociaux de sexe*, elaborado a principios de la década de 1980, en conexión con la división del trabajo según el sexo, cuya impulsora fue Danièle Kergoat. Se trata de asignar tareas diferentes para mujeres y hombres, tanto en la esfera salarial y profesional como en

la esfera doméstica. En este sentido, señala el autor, el concepto *rappports sociaux de sexe* está inspirado directamente por las relaciones sociales de las clases (*rappports sociaux de classe*). Un *rappport social* es una tensión que atraviesa el campo social y que provoca los fenómenos sociales en torno de los cuales se constituyen los grupos sociales con intereses antagónicos (pp. 95-96).

Este capítulo se compone de los siguientes cuatro subcapítulos: “División del trabajo según el sexo”, “De relaciones sociales hasta relaciones sociales del sexo”, “El trabajo, el pivote de dominación”, y “El trabajo, el pivote de emancipación”. Pensar la división del trabajo a partir del sexo impone la necesidad de repensar el concepto del trabajo de una manera más antropológica y ver cómo se reparte el trabajo entre mujeres y hombres en la sociedad. Para conceptualizar *rappports sociaux de sexe* el autor describe primero las relaciones sociales (*rappports sociaux*); éstas son fuentes, al mismo tiempo, de la cohesión y del conflicto. Los seres humanos permanentemente entran en conflicto con los intereses de otros. Se constituyen bajo relaciones dialécticas. Las relaciones entre los sexos se basan en relaciones sociales de clase. Las relaciones entre los sexos son coextensivas —se reproducen y coproducen mutuamente— y consustanciales —es necesario tener la perspectiva de la sociología analítica (Kergoat)—. *Rappports sociaux* —traducido aquí como “relaciones”— se diferencian de éstas, es decir, existe una diferencia entre *rappport* y *relation*, que no se puede distinguir en la lengua española. *Rappport* implica siempre antagonismo, cuya base es la desigualdad y la dominación en la esfera material, institucional y de las ideas. La característica central de *rappport* es su dimensión jerárquica y antagónica.

El trabajo es el pivote de la dominación, pero también de su forma dialéctica, de la emancipación. Acciones, actividades, movilizaciones y por fin la lucha, individual y colectiva, pueden llevar a cabo la emancipación y el rompimiento de las cadenas que reproducen las condiciones de desventajas.

El libro, escrito en la tradición marxista, puede servir como inspiración para luchar contra las desigualdades no sólo entre hombres y mujeres, sino sobre todo entre pobres y ricos. Sin embargo, queda la problemática de los países subdesarrollados. ¿Si el análisis del autor puede ser útil para, en este contexto, el caso mexicano?

Habría que destacar que la cuestión de género también se integra al discurso oficial de las políticas públicas contemporáneas del gobierno mexicano. Las mujeres tienen un papel decisivo en la lucha contra la pobreza. Tal es el caso evidente del Programa en Salud, Educación y Alimentación (Progresá), implementado en 1997 y transformado, a partir del 2002, en el Programa Oportunidades. En el Programa Oportunidades se integra el discurso del Banco Mundial sobre el empoderamiento (particularmente de las mujeres), pero éste resulta forzado y se limita a las cuestiones burocráticas y administrativas en el manejo de los recursos del Programa Oportunidades. Según el concepto del empoderamiento, se trata de enfrentar la pobreza a través del esfuerzo de los mismos pobres. El gobierno ya no está fuera de las acciones dentro de la sociedad, ahora se encuentra entre los miembros de la misma. En este sentido, los pobres tienen que trabajar en su propia autoestima y ayudarse entre sí. El énfasis se ubica en la transformación de sí mismo, en el cambio individual que llevará al cambio social y político. Sin embargo, la participación y el empoderamiento resultan

letra muerta; insuficientes en el combate de la pobreza y sin ninguna posibilidad para la permuta política. Educar a las niñas, promover el desarrollo entre las mujeres y la participación, son, desde entonces, las tareas no marginadas que construyen el sistema del desarrollo humano. También las reglas de operación de los programas sociales contienen la perspectiva de género: se pronuncian por impulsar la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Es cierto que en las últimas décadas hubo un avance en el cambio de las políticas hacia las mujeres. El tema de la violencia contra las mujeres no es, al menos, políticamente correcto. Durante las dos décadas ya se instaló en la agenda de la política pública el tema del combate a la violencia. También la opinión pública reconoció el tema de la precaria situación de las mujeres. Sin embargo, el impacto de este avance es frágil. El Programa Oportunidades se enfoca en la ayuda mayor y especial en la atención de las niñas. Las becas de las niñas son mayores que las de los niños. Sin embargo, éstas no garantizan una mejor posición en el mercado de trabajo ya que, por un lado, la calidad de servicios de educación es precaria, y en el otro extremo se encuentra la dominación masculina. Ante la resistencia por igualar los derechos entre mujeres y hombres con mayores becas, no se va a resolver la desigual relación entre hombres y mujeres. Los derechos de las mujeres siguen siendo marginados en el caso mexicano. Su situación tiene mucho más desventajas que la situación de las mujeres en los países desarrollados. En algunas regiones de México, uno todavía puede encontrar los casos de la mortalidad materna de las mujeres indígenas que mueren en las precarias condiciones durante el parto. La cuestión de las mujeres indígenas es todo un tema de la desigualdad en cualquier aspecto social, desde el nacimiento de la mujer hasta su muerte. En fin, creo que habría que buscar el otro término, el más fuerte que *rapport* para describir la extrema precariedad de la situación de las mujeres en México y otros países distintos de los desarrollados.

François Dubet, *La experiencia sociológica*, Barcelona, Gedisa, 2011, 141 pp.

DOMINGO BALAM MARTÍNEZ ÁLVAREZ*

Formar una escuela da mucho trabajo: hay que seleccionar a los fieles, controlar su escritura, crear una revista, asegurarse de que nunca citen a los “enemigos” aun cuando nos sirvan de inspiración, velar por la ortodoxia, acomodar a algunas personas, construir redes. Considero que la sociología es, ante todo, una caja de herramientas que uno puede utilizar a condición de saber lo que está haciendo. Es lo que he tratado de decir en este libro, a fin de demostrar que se puede crear un “estilo” sociológico, una manera de proceder que no encierre la vida social en una doctrina. He querido comprender cómo

* Facultad de Sociología, Universidad Veracruzana. Agradezco las observaciones puntuales de mi colega Laura Isabel Ureña Cruz.

los actores actúan y en qué mundo vivimos; lo que exige mucho terreno y algo de teoría. (p. 135)

François Dubet se ha encargado de insistir en la esfera pública sobre los debates del sistema de educación francés y de la escuela en otras partes del mundo. Es en este libro que nos comparte algo de ello, y si bien es cierto que no se trata en sentido estricto de una autobiografía, lo que sí podemos decir es que es un breve recorrido de su camino por la sociología; como ciencia y como ejercicio profesional.

A través de lo que podríamos denominar una “metasociología” (es decir, una sociología que reflexiona sobre las condiciones propias de su producción), Dubet traza los rasgos de su formación intelectual y de la forma en la cual los debates teóricos y metodológicos han marcado su trayectoria científica. Por ejemplo, habla de la cercanía con su mentor Alain Touraine y de los trabajos emprendidos bajo la dirección de Zsuzsa Hegedus y Michel Wierviorka.

El libro está dedicado al problema de la escuela. El autor retoma el debate sobre lo que en realidad constituye idealmente una escuela justa, tomando como contexto el declive institucional de la escuela, el trabajo y los sistemas de salud, que ha marcado la época reciente. Para ello, retoma las discusiones que desde la filosofía política de Michael Walser y John Rawls se han elaborado para explicar el problema de la injusticia social y la ausencia del compromiso en la escuela liberal.

Dubet también explica su propuesta teórica de la experiencia escolar. Con este objetivo, comienza por preguntarse: ¿qué es lo que fabrica la escuela? Lejos de ocuparse únicamente en la clasificación de las personas (lo que en cierta medida elabora la escuela, sobre todo para las calificaciones laborales), se interesará (tal como lo hizo en investigaciones anteriores) por saber lo que la institución “fabrica” en términos personales y profesionales. Así, dirá que en la etapa más adolescente de los alumnos, éstos se verán atraídos por una intensa vida juvenil, en oposición a la vida escolar, donde muchas veces la escuela termina “clasificándolos” y dándoles matices diferentes. Así, para Dubet los sentimientos de injusticia social, del mérito académico, de los diversos grados de autonomía de los alumnos y la igualdad de oportunidades se constituyen en sus objetos sociológicos.

Tratando de aportar elementos que respondan la pregunta sobre lo que fabrica la escuela, Dubet retoma las reflexiones de la moral laica, de la cual Durkheim había echado mano a inicios del siglo XX. Por un lado es obvio que fabrica personas habitadas culturalmente, pero por otro, en la época contemporánea lo que más fabrica el sistema educativo son clasificaciones de los individuos, las cuales indudablemente ubican a los agentes sociales y les hacen tener experiencias distintas. De tal manera que ante la relativa democratización de la escuela y el trazo casi unívoco de los destinos escolares, los problemas de inequidades escolares ya no quedan en la sociedad, sino que se opera una suerte de transferencia al individuo mismo. Así, uno de los problemas que surgen de esto es que tales experiencias en muy pocas ocasiones llevan a los alumnos a integrarse de una manera exitosa a la dinámica escolar y, en más de una ocasión, esta rutina de intento y frustración los lleva a tener sentimientos de animadversión hacia el trabajo escolar. Con ello, se retorna nuevamente a la vieja idea

de que cada quien es el arquitecto de su propio destino, naturalizando así el fracaso escolar.

También reserva un espacio para explicar el método de la intervención sociológica, con el cual intenta superar la descripción de las movilizaciones y el registro de las opiniones para descubrir los significados de las acciones de los agentes. El autor explica que se trató desde sus inicios de un método de investigación que involucraba al investigador con los actores que estudiaba; en el que —más allá de mantener un falso objetivismo y negar la relación que se establece con los agentes de la investigación— se considera al investigador como uno de los objetos mismos de la investigación. En el mismo sentido señala los primeros estudios con los jóvenes de los suburbios que desde la sociología se comenzaban a hacer en la época, y donde la mirada hacia ellos estaba centrada en los estudios sobre la marginalidad y la delincuencia.

En estas investigaciones Dubet y sus colegas habían comparado la experiencia de los padres que recién habían llegado a esos suburbios como inmigrados, a quienes el sentimiento de exclusión y sus condiciones de marginalidad les parecía el precio “normal” que tenían que pagar por el hecho de saberse inmigrados. De manera similar, sus hijos, quienes a pesar de haber nacido en Francia también se sentían excluidos, sin importar el consumo cultural juvenil de masas que tenían o el haber transitado por el sistema de educación francés. Al respecto, Dubet afirma: “Esa experiencia era tan fuerte que los jóvenes de origen francés terminaban por compartirla. Uno es ‘árabe’ si vive en un barrio de ‘árabes’, del mismo modo que se es poco menos árabe cuando se vive en un barrio acomodado” (p. 48).

En otra parte del libro, el autor escribe también de Pierre Bourdieu —uno de los sociólogos más influyentes del siglo XX— y lo que las contribuciones de éste y su equipo trajeron para el clima intelectual de la época. No solamente resalta la dimensión profundamente crítica que Bourdieu dio a su sociología, sino la incorporación de sociólogos como Berstein, Goffman y Hoggart a la sociología francesa.

El libro cierra con la exposición de su propuesta teórica denominada “experiencia social”. Dubet aclara, primero, que él renuncia a la ortodoxia de los ejercicios académicos en la elaboración de teorías, que parten de la teoría misma a fin de construir sus propios marcos. Así, en contraposición a ello, el sociólogo francés parte de los problemas empíricos para indagar qué respuestas teóricas exigen. Esto lo realiza a través de dos postulados y de las tres dimensiones —integración, estrategia y subjetivación— que reconoce tiene su propuesta sociológica. En síntesis, advierte que los actores sociales se inscriben contemporáneamente en varias racionalidades, es decir, en distintas lógicas de acción (regresando con ello al esquema que propuso hace ya casi un siglo Max Weber). Gracias a esto, observa que los actores no funcionan de manera mecánica, sino que se trata de personas que reflexionan y que actúan cada vez que tienen que resolver problemas.

James C. Scott, *Decoding Subaltern Politics. Ideology, Disguise and Resistance in Agrarian Politics*, Oxon y Nueva York, Routledge, 2013, 176 pp.

ENRIQUE RAJCHENBERG S.*

Aunque la obra de James C. Scott no ha sido traducida al español, con la única excepción de *Los dominados y el arte de la resistencia*, no por ello es un autor desconocido en el mundo hispanoamericano. Su análisis sobre la resistencia de los dominados, basado en la distinción conceptual entre *public transcript* y *hidden transcript*—que en nuestra lengua se tradujeron como discurso público y discurso oculto— se ha difundido profusamente, aun si no se conoce siempre de primera mano su propuesta teórica. La mayor contribución de Scott a las ciencias sociales consiste en haber procedido a una reproblematicación de las prácticas de la resistencia y, por ese medio, de la dominación misma.

La preocupación que recorre toda la obra de Scott consiste en demostrar que los dominados no padecen el ejercicio del poder pasivamente; sino que, salvo situaciones hipotéticas de ocupación por el poder de todos los espacios sociales y de sociabilidad, hipótesis que no se cumple ni en las cárceles, a excepción del diseño panóptico benthamiano, o incluso en el campo concentracionario, aquéllos detentan un arsenal de recursos para contrarrestar el sojuzgamiento absoluto. Es lo que Scott denominó las “armas de los débiles” —*weapons of the weak*—, cuyo repertorio incluye dispositivos tan aparentemente inofensivos como el chiste o más agresivos como el incendio anónimo de un campo a punto de ser cosechado. En todo caso, Scott ha insistido en cómo lejos de ser fruto de la imaginación individual de algún atrevido, las armas de los débiles forman parte del acervo cultural colectivo, compartido por ende entre los dominados de una sociedad. Esa es la condición misma para que un acto de desafío al poder realizado por un solo individuo sea comprendido como tal por todos.

Las tesis de Scott no pueden ser descontextualizadas respecto a lo que él mismo considera su determinación epocal. En efecto, el profesor de antropología de la Universidad de Yale alude a la desilusión de la generación de los jóvenes que vieron y vivieron con expectativas revolucionarias la década del sesenta, que derivaron, según él, en la constitución de Estados más poderosos que sus predecesores y, consiguientemente, con más fuerza para extraer recursos de la economía campesina. El fin de la rebelión de aquel decenio no significaba, empero, la alineación de los campesinos a las posiciones de las élites, sino la continuación de la protesta por otros medios, menos sonoros, vale decir, el *hidden transcript*, y demostraba que si bien “el campesinado y las élites revolucionarias pueden ambos tener expectativas utópicas de un nuevo orden, es evidente que sus ideas de utopía son radicalmente divergentes” (p. 3). Ello significa que lejos de la imagen convencional que ve total conformidad de los subalternos en el interregno de dos momentos insurgentes, esa aceptación aparente

* Facultad de Economía y Posgrado de Estudios Latinoamericanos, UNAM.

de la dominación se encuentra desmentida por el “descubrimiento” de las múltiples formas de la resistencia cotidiana.

Este extenso preámbulo al comentario del más reciente libro de Scott tiene por objeto dar cuenta de lo que, desde mi punto de vista, es el tema nuclear de su obra completa y que prosigue en *Decoding Subaltern Politics*.

Cuatro extensos ensayos del libro prolongan y, simultáneamente, innovan en problemáticas abordadas por Scott en trabajos anteriores. El primero concierne a la relación entre “gran tradición” y “pequeña tradición” políticas o religiosas, conceptos retomados de Robert Redfield. El primero se refiere a las creencias y prácticas de las élites; el segundo a las de las clases dominadas. Asimismo, el primero se hace valer como genuina ortodoxia, mientras que el segundo puede ser denominado como la heterodoxia *folk*.

Tanto las iglesias y sus mandatarios, como los partidos políticos y sus comisarios, pueden exhibir el número formal de adherentes para reivindicar sus cuotas de poder en la sociedad. Pero cuando se investiga la calidad de las creencias, la distancia respecto a la ortodoxia, o sea la gran tradición, trastoca el paisaje de hegemonía indiscutible de una tradición para convertirse en un escenario de conflicto que a veces roza una herejía política y religiosa.

A contrapelo de las posturas funcionalistas, Scott no concibe la pequeña tradición como una simple vulgarización de la cultura de las élites, sino como resignificación y parroquialización, por una parte, y como actualización de creencias y prácticas de más larga data, por otra, que son instrumentalizadas para cuestionar la cultura de las élites. Aquí radica la ventaja de las culturas populares respecto a las grandes tradiciones. Estas últimas hacen descansar la veracidad y justeza de la doctrina en textos escritos; en cambio, la cultura popular es, destaca Scott, una tradición oral que por definición es plástica. De ahí su capacidad para ser “transformada en arreglo con las necesidades de grupos sociales y con las vicisitudes de la historia” (p. 28). Es por ello que, señala nuestro autor, la definición de la realidad por las clases dominantes, es decir, “los términos de la subordinación a una gran tradición y a sus representantes” (p. 19) no es una pura imposición, sino siempre resultado de una negociación. Cuando aquéllas se arriesgan a ello, o cuando violan los derechos de subsistencia consuetudinarios de los campesinos, entonces sí es de esperarse un enfrentamiento.

La temática es prolongada en un ensayo formalmente separado del anterior, hacia una dimensión de la pequeña tradición, a saber, el localismo. Dos sentidos parecen estar asociados a esta característica de las sociedades campesinas. El primero se refiere a la defensa de los derechos de cada pueblo respecto al poder central, pero también respecto a otros pueblos. El universo campesino que refiere Scott es impermeable a las abstracciones: aquí prevalecen relaciones cara a cara; el terrateniente no es personificación de una categoría socioeconómica, sino que es un sujeto con rasgos concretos indisolubles de su calidad de gran propietario de tierras. Asimismo, los recursos locales de subsistencia como pastizales, bosques y áreas de pesca —agrega Scott— pertenecen a la comunidad pueblerina y no pueden ser apropiados ni por un propietario privado ni por habitantes de otros pueblos. Así entendido, el localismo, éste es su segundo sentido, significa fragmentación política de los campesinos o,

en otras palabras, incapacidad de alcanzar niveles nacionales del quehacer político: “El particularismo de la pequeña tradición tiene dos importantes implicaciones. En primer término, ello significa que, *por sí mismo*, el pueblo carece de los medios institucionales para una confrontación directa con una mucho más poderosa gran tradición. En segundo lugar, significa que el campesinado está *por sí mismo* mal equipado, en términos de conocimiento e interés, para sostener una lucha nacional por objetivos más amplios” (p. 41, las cursivas son mías). Curiosamente, Scott intenta validar esta propuesta teórica con el zapatismo quien, según él, fue “relativamente indiferente a las soluciones nacionales excepto cuando éstas afectaron la suerte de la lucha local” (p. 41). En verdad, el caso histórico está mal escogido. El zapatismo se involucró en la definición de los problemas nacionales y legisló incluso en torno a cuestiones que rebasaban el ámbito no solamente local, sino el campesino y agrario. La participación de los zapatistas en la Soberana Convención Revolucionaria de 1914 a 1916 parece confirmar esta interpretación. Incluso investigaciones más recientes demuestran la estrategia internacional del zapatismo y sus vínculos con organizaciones en el extranjero. Por lo demás, el campesinado no vive en comunidades compuestas sólo de labradores y de gente dedicada a las labores del campo. Las comunidades campesinas contienen también artesanos, maestros de escuela, periodistas locales y curas. Estos sujetos, que han sido denominados en la historiografía mexicanista “intelectuales pueblerinos”, desempeñaron un papel relevante en la conformación del zapatismo como fuerza política nacional. Su estatus de intelectuales no los hizo externos o ajenos a las comunidades morelenses, aun si el eje rector de la dinámica de éstas fue la relación con la tierra y las problemáticas derivadas de ella. Su papel lo desempeñaron en función de esa preocupación campesina básica.

Su definición del particularismo insiste en que “por sí mismos” los pueblos no logran ver más allá de la cruz de su parroquia. Parecería, entonces, que Scott recupera la tesis leninista sobre la necesaria presencia de una vanguardia iluminada que arranque a los campesinos de su anclaje localista. No obstante, no llega a esa conclusión. Al contrario, afirmará que los campesinos no necesitan de los intelectuales o de las vanguardias para adquirir conciencia de la dominación y para expresar su oposición a ella: “Es claro que en el terreno de la creencia y de la práctica, la oposición a la religión dominante no espera la llegada de ‘agitadores de afuera’” (p. 34).

El tercer ensayo concierne a una de las modalidades de la práctica política de “los de abajo” inscrita en lo que previamente denominé pequeña tradición. Se trata de los modos de disimulación. Retoma Scott de esta manera el objeto central de su investigación en *Weapons of the Weak*, un libro de 1985. En este momento se refirió a la comparación entre la resistencia al pago del diezmo en Francia y a su equivalente musulmán en Malasia, el *zakat*, que exhibe una similitud asombrosa. Para Scott, este género de prácticas son políticas, no prepolíticas, como las denominaría Eric Hobsbawm, aun si no llegan a formalizarse en términos organizativos y discursivos en términos simétricos a las prácticas de las élites. La sofisticación de las posturas políticas de las élites expresadas por escrito no se encontrará en el universo agrario campesino. Por ello mismo, son frecuentemente ignoradas por los politólogos e historiadores, quienes sólo voltean la mirada a los registros escritos. Esto

conduce a que “la pequeña tradición alcance visibilidad histórica” sólo cuando desafía abiertamente a las élites dirigentes, lo cual está lejos de ser la norma de las prácticas políticas cotidianas de los subalternos. En suma, se trata de una “historia en la sombra” —*shadow history*—.

La resistencia al pago del diezmo, justificado por su redistribución a los más pobres por parte de la alta jerarquía religiosa, no reside en el rechazo a la solidaridad con aquéllos, sino al hecho de que en la práctica la parte del león del diezmo o del *zakat* queda en manos de los dignatarios de las iglesias. Así, el ocultamiento de las cosechas, las declaraciones falseadas sobre la superficie cosechada, la anticipación de la cosecha para que los recaudadores no puedan comprobar el volumen real de ésta, etc., son técnicas de resistencia que se repiten en la Francia de los siglos XVII y XVIII y en la Malasia de fines del siglo XX.

Estas resistencias a las ambiciones del poder, religioso o político, no aparecen como resultado de acciones concertadas colectivamente, aunque sí forman parte de ese acervo cultural de las clases dominadas, y de ninguna manera acciones aisladas o inconexas. Ello, insiste Scott, no implica ineficacia práctica de esas formas de resistencia: su impacto acumulativo es susceptible de torcer la voluntad de los poderosos y sus proyectos de dominación.

No obstante, se suscita inevitablemente una interrogante no respondida por Scott: si las técnicas de la resistencia son tan semejantes, a pesar de las distancias espacial y temporal, con mayor razón lo han de ser cuando la cercanía es mayor. Es decir, que hay matrices culturales compartidas por diferentes grupos de las sociedades campesinas, pero que vuelven incomprensible su existencia política fragmentaria. O sea, ¿por qué sobre la base de una identidad político-cultural común no podría erigirse, como afirma el autor, una base unificada que desafiara extralocalmente, o si se prefiere, nacionalmente, al poder político?

El último ensayo recupera una problemática abordada por Scott en *Seeing Like a State*, obra de 1998, aquella referida al reordenamiento del espacio físico y social por el Estado para poder ejercer las técnicas de control de la población y de exacción de los recursos de las economías campesinas. Éstas preexisten al Estado y son altamente indiscifrables para él en la forma en que se encuentran ordenadas. Por ello define el proceso de construcción del Estado como “la conquista de la ilegibilidad”, que consiste en “la capacidad de localizar ciudadanos unívocamente y sin ambigüedades” y en la obtención de “información estandarizada que permite crear estadísticas agregadas acerca de la propiedad, el ingreso, la salud, la demografía, la productividad, etc.” (p. 105). El bosque, tal como lo utilizan y lo preservan los campesinos, puede ser a los ojos de los administradores del Estado una maraña, indiscifrable e imposible de arrojar datos sobre su rendimiento productivo, de manera que pueda ser calculada la carga impositiva. De igual manera, los nombres asignados a los habitantes de los pueblos que permiten identificar a cada individuo con base en sus habilidades profesionales (Ahmad, el maestro, que lo distingue de otro Ahmad que es herrero), en sus propiedades (Kasim, el de la tienda, distinto de otros Kasim que no son tenderos) o con base en un evento de sus vidas o sus habilidades físicas: es el caso del cazador llamado Cinco Osos, cuyo nombre mutó a Seis Osos cuando agregó uno más a sus hazañas.

La arquitectura institucional del Estado ha ido armándose adjudicando simultáneamente apellidos a los individuos, de modo que éstos fueran unívocamente distinguibles en el seno de grandes conglomerados humanos, y estadísticamente reconocibles en lo que respecta a su edad, su ocupación, su domicilio y su fortuna. No se trata únicamente, como se puede sospechar, de un cambio formal de nombres, sino de la “borradura de sistemas locales de orientación” (p. 121), de la imposición de coordenadas identitarias sin anclaje en la memoria pueblerina. Por ello, “la transferencia de conocimiento por medio de la legibilidad sinóptica es siempre un proyecto cultural de colonialismo interno” (p. 121).

Empero, estos métodos reidentitarios pueden ser, agrega Scott, empleados con otros fines. Las organizaciones de derechos humanos que proporcionan ayuda a los refugiados ejercen “prácticas de legibilidad” que implican la colocación de pulseras con códigos de barras, la elaboración de cédulas de identidad, etc. En el mismo tenor se sitúan otras actividades, como los centros de control de enfermedades. Impedir esos poderes panópticos implica renunciar a sus beneficios y evitar sus amenazas. Por ello arriba a una conclusión bastante escéptica: “Uno está confinado a alimentar al Leviatán esperando tal vez domesticarlo a través de instituciones democráticas” (p. 133).

